

Cuerpos de mujeres: la construcción de la identidad y su manifestación durante la Edad del Bronce

Women's bodies: the construction of identity and its manifestation during
Bronze Age

Margarita Sánchez Romero

Universidad de Granada.

Recibido el 4 de mayo de 2009.

Aceptado el 22 de mayo de 2009.

BIBLID [1134-6396(2008)15:1; 5-29]

RESUMEN

La denominada “arqueología del cuerpo” ha puesto de manifiesto la relevancia que tiene el estudio del cuerpo para reflejar las experiencias vividas por las personas en el pasado. Para ello se ha servido en su desarrollo teórico y metodológico de ideas procedentes tanto de la fenomenología como de la teoría feminista. Nuestro objetivo en este trabajo es el análisis de los cuerpos de las mujeres enterradas en el asentamiento argárico del Cerro de la Encina (Monachil, Granada) para intentar observar a través de la cultura material cómo estas mujeres han experimentado el mundo a lo largo de sus vidas.

Palabras clave: Arqueología. Mujeres. Cuerpo. Fenomenología. Cultura material. Corporización.

ABSTRACT

The so-called “Archaeology of the body” has shown the relevance of the study of the body as a site of lived experiences. In this sense, it has aligned with the phenomenology and with feminist theory. Our main goal in this text is the analysis of women's bodies buried in the archaeological site of Cerro de la Encina (Monachil, Granada) in order to understand how they experience the world through their lives.

Key words: Archaeology. Women. Body. Phenomenology. Material culture. Embodiment.

SUMARIO

1.—Introducción. 2.—La fenomenología y su influencia en la Arqueología del cuerpo. 3.—La microhistoria como estrategia de análisis histórico. 4.—Caso de estudio: cuerpos de

mujeres en la Cultura de El Argar. La necrópolis del yacimiento del Cerro de la Encina (Monachil, Granada). 5.—Cuerpos de mujeres: la construcción de la identidad y su manifestación durante la Edad del Bronce. 6.—Bibliografía.

1.—Introducción

En los últimos años la denominada “Arqueología del cuerpo” ha puesto de manifiesto la relevancia que tiene el estudio del cuerpo de los individuos del pasado para reflejar las experiencias vividas y las relaciones con el mundo que les rodean. De este modo, a través del estudio de los restos óseos y del análisis de la cultura material y de sus contextos podemos conocer aspectos relacionados con la alimentación, el estado de salud, la esperanza de vida, el esfuerzo físico realizado, las actividades desarrolladas o las manifestaciones materiales de las identidades de género, edad o estatus social. La arqueología del cuerpo se ha servido para su desarrollo teórico y metodológico tanto de la perspectiva fenomenológica como de la teoría feminista ya que mientras la primera tiene que ver con la experiencia humana del mundo y con las relaciones que se establecen con otras personas y con cosas (GONZÁLEZ RUIBAL, 2006), la teoría feminista en arqueología ha utilizado la existencia material de esas relaciones para reivindicar la posición de las mujeres y volver a narrar esas sociedades desde otra perspectiva. La raíz de este interés se encuentra en las críticas posprocesuales en arqueología que proponen una mayor atención a los elementos relacionados con las personas como agentes activos en las sociedades del pasado y a aspectos de la identidad como el género, íntimamente relacionado con el estudio arqueológico del cuerpo (BRUMFIEL, 1992). En este artículo, nuestro interés se centrará en la búsqueda de las formas de construcción de la identidad, no en el sentido de acceder a conciencias individuales de personas concretas, no se trata de encontrar momentos históricos específicos en los que podamos localizar a personas “reales”, sino en conocer cómo las identidades de género, edad, estatus social, etnicidad se construyen, manifiestan y negocian a través de la cultura material que encontramos en el registro arqueológico (MESKELL, 2000, 20).

2.—La fenomenología y su influencia en la Arqueología del cuerpo

Bajo la influencia de las aproximaciones fenomenológicas la, hasta ahora predominante, perspectiva semiótica del cuerpo en arqueología está siendo reemplazada por el análisis de las producciones y experiencias de los seres humanos en el pasado a través del estudio combinado de los restos

materiales de las actividades realizadas, de las representaciones y de las consecuencias que dejan en los cuerpos las actividades, las actitudes y las prácticas de consumo (JOYCE, 2005).

La fenomenología no tiene un enfoque unívoco, sus principales proponentes, Heidegger, Husserl o Merleau-Ponty presentan matices diferentes en su desarrollo, sin embargo es posible concretar una caracterización amplia de la misma que todos comparten. La fenomenología es un método de investigación filosófica que resulta en una revisión ontológica radical de dualismo cartesiano, de la separación neta entre mente y cuerpo y la creencia de la superioridad de la primera sobre la segunda. Esta falsa dicotomía ha tenido serias implicaciones en las reconstrucciones que hacemos de los individuos en el pasado arqueológico y, de manera más evidente, para el pensamiento feminista y su intento de retar el androcentrismo inherente en los modos de pensamiento occidental (HOWARTH, 1998; MESKELL, 2000). La arqueología desarrollada desde una tradición occidental ha separado la mente, el lugar no material de la identidad, del cuerpo y ha entendido tradicionalmente que estaba limitada a considerar el cuerpo sólo como un objeto de acción social. Por el contrario la aproximación fenomenológica adoptada por la arqueología intenta ofrecer una perspectiva del cuerpo como el instrumento a través del cual toda la información y todo el conocimiento de las sociedades se genera y se transmite (JOYCE, 2005, 152). La tesis fundamental de la fenomenología es que sujetos (personas) y objetos están esencialmente interrelacionados y por tanto la descripción adecuada de las personas y los objetos es esencial para entender unas y otros. La descripción de las características y la observación de las personas nos harán comprender mejor las acciones y los comportamientos que realizan y la descripción y análisis de los objetos hará que entendamos el significado que éstos tienen para los seres humanos (HOWARTH, 1998).

Los estudios fenomenológicos en arqueología han tenido bastante repercusión, en parte porque se refieren a la cualidad variable de la experiencia humana y tienen que ver con el individuo, el cuerpo, la identidad y la agencia, conceptos que son relevantes y encajan bien con las ideas de individualidad en la sociedad moderna (BRUMFIEL, 2006, 36), pero también, y sobre todo, por la importancia dada al cuerpo y a la relación de los sujetos con los objetos, a la materialidad como el marco a través del cual la gente comunica su identidad; sin esas expresiones materiales, las relaciones sociales tienen poca realidad sustantiva porque los objetos no sólo nos hablan de una serie de acciones humanas sino que son partes integrales de esas acciones (GOSDEN y MARSHALL, 2000).

El interés fundamental de la fenomenología es observar cómo el ser humano se halla involucrado en el mundo, por tanto puede ser un instrumento válido para acceder a hechos concretos de las sociedades humanas en el

pasado, que es precisamente lo que persigue la arqueología. A través de la cultura material podemos tener acceso al tiempo, al espacio, a los cuerpos y a los objetos, los cuatro conceptos básicos en arqueología y también a la materialidad, es decir, a la indisoluble, estrecha y compleja relación entre personas y objetos (GONZÁLEZ RUIBAL, 2006, 236-237). Sólo desde una perspectiva fenomenológica, el pasado puede ser entendido e interpretado desde una escala humana intensa y permite, además, nuevas percepciones de las sociedades pasadas (TILLEY, 2004).

Consideramos por tanto que el cuerpo no es un simple objeto que deba ser estudiado en relación a la cultura, sino que debe ser entendido como sujeto de la cultura, en otras palabras, como el ámbito existencial de la cultura. El concepto de “embodiment” ha sido adaptado a la antropología, la etnografía y a la arqueología como una forma de tratar el cuerpo como auténtico campo para la cultura, ya que la existencia de los seres humanos no es separable del cuerpo con el que experimentamos la vida. Partiendo de las ideas de Bourdieu y de Merleau-Ponty, Csordas ha definido el “ser” no como una sustancia o una entidad, sino como la capacidad de encajar y estar orientado en el mundo, caracterizada por el esfuerzo y la reflexión (GEURT, 2002, 233; CSORDAS, 1994).

El “embodiment” o “corporización”¹ es por tanto un paradigma, una aproximación metodológica bien fundada que pretende el analizar de nuevo los datos existentes y sugerir nuevas cuestiones para la investigación. Como hemos señalado, Csordas distingue entre el cuerpo como entidad material y biológica y la corporización como un campo metodológico definido por la experiencia perceptiva y un modo de estar en y de incardinarse con el mundo. Al referirnos aquí a esta corporización como un elemento metodológico queremos decir que éste es el espacio en el que haremos las preguntas y donde centraremos nuestro proceso de investigación intentando aprehender las experiencias vividas en el cuerpo a través de los objetos materiales y de los restos óseos para poder caracterizar las identidades femeninas (GEURT, 2002, 233; CSORDAS, 1994).

Nuestra primera pregunta se referirá a cómo comprender los aspectos corporizados de la vida social, tan menudo implícitos, desde el punto de vista de un observador externo. Vamos a analizar la idea de cuerpo y de percepción de dos de los valedores de la fenomenología, Merleau-Ponty y Bourdieu, y sus implicaciones para el análisis del cuerpo en el registro arqueológico.

1. A partir de aquí utilizaremos el concepto de corporización para referirnos al de “embodiment”, respecto a la traducción del término inglés al castellano hay establecido un amplio debate (ESTEBAN, 2004, 22)

El concepto de cuerpo de Merleau-Ponty supone la superación del dualismo cartesiano que separaba mente y cuerpo, Merleau-Ponty se refiere a la corporización desde la problemática de la percepción, poniendo el énfasis en el proceso de percepción más que en el objeto percibido. El cuerpo es nuestra forma de ubicarnos en el mundo, supone la capacidad de habitar todos los ecosistemas del planeta y, por tanto, la conciencia de ser no es otra cosa que el cuerpo exponiéndose ante el mundo; como hemos dicho Merleau-Ponty pone el énfasis en el proceso de percepción, es decir en el cuerpo que percibe, de manera que siempre podemos ver más allá del propio objeto observado, así nuestro cuerpo media toda relación que establezcamos con el mundo (MERLEAU-PONTY, 1975). La construcción de la identidad y las formas de representar la misma en las sociedades prehistóricas vienen dadas tanto por la percepción que tenían de sí mismos y de las estrategias materiales que utilizaban para expresarla, como por el proceso de percepción que se exigía a los demás miembros del grupo o de otros grupos externos. Es por tanto necesario que las personas desplieguen de toda una serie de estrategias externas y relacionadas con el cuerpo para que puedan ser identificadas dentro de los parámetros y los códigos sociales de cada grupo. Así la participación del cuerpo, no sólo como elemento percibido sino como sujeto que percibe, es de fundamental importancia para la explicación de los seres humanos del pasado.

Por su parte Bourdieu situó la corporización en el discurso antropológico de la práctica, es decir, el cuerpo es el principio generador y unificador de todas las prácticas sociales, y la conciencia es una forma de respuesta estratégica, mezclada con un sistema de objetivos potenciales (CSORDAS, 1990). A esta idea corresponde la noción de Bourdieu de *habitus* que concibe el cuerpo socialmente informado como constituido en y constitutivo de prácticas sociales en la vida diaria. La noción de Bourdieu de *habitus* en relación a las prácticas sociales ofrece una de las pocas aproximaciones no-idealistas ya que vincula la constitución de agente social corporizado con su inmersión sensorial en medioambientes distintos, a su implicación activa en la inercia de prácticas regulares y mundanas y a sus condiciones materiales de existencia. Pero al mismo tiempo el modelo de Bourdieu no se queda en un materialismo estricto ya que exige relacionar la materialidad de las prácticas con esquemas simbólicos de percepción que están asociadas a estas, es decir pensar sobre lo material y lo ideal, sobre el cuerpo y la mente en una compleja e indisoluble relación (BUCHHOTZ, 2006, 487). La categoría de *habitus*, cumple así un importante papel en nuestra argumentación, ya que nos permite comprender como la experiencia corporal de los individuos, que hemos descrito con Merleau-Ponty, se constituye culturalmente a través de patrones regulares de uso y representación corporal adquiridos a través de las interacciones sociales vividas a lo largo de

las vidas de los individuos dentro de una posición específica en el espacio socio-cultural (CITRO, 1997).

Pero además, para Bourdieu esas prácticas, ese sistema inseparable de estructuras cognitivas y evaluativas que organizan nuestra visión del mundo, no están regidas por la aleatoriedad sino que tienen como principio el cuerpo socialmente construido con sus gustos y sus repulsiones, con sus sentidos, no sólo los sensoriales sino otros como el sentido del deber, de la realidad, de la belleza, de lo sagrado, de la responsabilidad, de la propiedad, del humor, de la moral, etc. (BOURDIEU, 1977, 124).

En este sentido, la arqueología debe aproximarse al análisis de la corporización para explorar cómo la experiencia corporal puede ser utilizada para eliminar diferentes elementos como el aura natural e inmutable de los roles de género y de las identidades (BRUMFIEL, 2006, 36). Cuando hablamos de la arqueología relacionada con el cuerpo debemos observar su tratamiento, es decir, cómo nos vestimos, nos peinamos, nos adornamos, etc. ya que es nuestra particular forma de exponernos frente a los demás; esta forma de manifestación requiere la participación de los distintos sentidos, el más obvio es sin duda la vista, pero también podemos inferir la participación de otros sentidos en el proceso de presentación por ejemplo el olfato, a través de la utilización de plantas aromáticas y perfumes (BELGIORNO, 2006), el del oído con el uso de determinados elementos sonoros insertados en el vestido o el tacto con la utilización de determinados tejidos o materias primas. Todos estas percepciones forman parte tanto del cuerpo como de la mente y por ello se consideran formas naturales de actuar, pero en realidad son adquiridos y aprendidos a muy temprana edad; para ello hay que tener en cuenta un proceso doble, por un lado que el orden sensorial es corporizado y ésta es una de las razones por las que los miembros de un grupo cultural lo encuentran tan “natural”, pero por otra parte también contiene categorías culturales (GEURT, 2002, 231).

A partir del registro arqueológico se puede intentar entender cómo las identidades se manifiestan a través de vestimentas específicas, adornos y prácticas relacionadas con la modificación del cuerpo (GILCHRIST, 1999; SOFAER, 2000). Los cuerpos y los objetos se usan como metáforas en el proceso de comprensión e interpretación del mundo. Gracias a las metáforas, podemos conectar objetos y acciones, las metáforas se usan porque hay un vacío entre el mundo de las palabras y el mundo de los objetos. Por tanto, entender las metáforas forma parte del proceso de adquisición del conocimiento cultural (TILLEY, 1999, 8).

Desde un punto de vista puramente empírico, es obvio que muchos de los datos arqueológicos de los que disponemos están íntimamente ligados al cuerpo, no sólo por la disposición de los mismos en el contexto funerario, sino también a través de la representación de cuerpos (SOFAER, 2000;

STOODART, 2006, 5). Es indudable que el registro funerario supone un escenario muy adecuado para analizar los cuerpos del pasado, no sólo por lo que tienen de cultura material, sino porque también implican la realización de una “performance” entendida como evento en el que un grupo de personas actúan de una forma particular delante de otras que pueden estar implicadas a diversas escalas. En este contexto, debemos considerar no sólo la asociación de artefactos particulares con los cuerpos, sino también otros elementos tales como la morfología de los artefactos que pueden formar parte asimismo de la exhibición; por ejemplo, la construcción social de los ciclos de vida relativos al género puede ser trazada desde el nivel de lo individual, porque los objetos son utilizados para crear significados sobre la biografía de mujeres, hombres e individuos infantiles. Esto sucede no sólo por la íntima asociación entre el artefacto y el cuerpo, sino también por las transformaciones del sexo biológico y la edad fisiológica en fenómenos culturales llenos de significado. Los objetos median en unas relaciones contextualmente específicas entre la biología y la cultura y actúan como vínculos entre la gente y la sociedad (SÁNCHEZ ROMERO, 2008a).

Pero además, estas cuestiones para ser percibidas deben ser reafirmadas a través de acciones y objetos, es decir, a través de un conjunto de prácticas de manera que se sustente un sistema de creencias o una cosmovisión generada por una situación política, social y económica determinada. Es innegable que dentro del ritual funerario el protagonista es el cuerpo o mejor dicho, la corporización. Por tanto, la asociación entre cuerpos y objetos en el registro funerario puede ser uno de los mejores instrumentos para comprender las relaciones de género y cómo las sociedades crean, manipulan y cambian esta identidad a través del tiempo. El cuerpo es una pieza fundamental para el estudio del género que se manifiesta a través de elaboraciones y transformaciones físicas en los cuerpos vivos y muertos y que pueden ser reversibles o permanentes (SÁNCHEZ ROMERO, 2008a).

Es un hecho que el género es una construcción cultural que implica prácticas sociales que tienen que ver directamente con el cuerpo. Obviamente la visión y la concepción moderna acerca de lo que el cuerpo significa probablemente difiere mucho de la concepción prehistórica debido sobre todo a conceptos como el de individualización a partir de la Modernidad (HERNANDO, 2001), pero el tratamiento del cuerpo ha sido usado durante largo tiempo como forma de manifestar identidades a través del tiempo (BLOM, 2005; JOYCE, 2005; SCHILDKROUT, 2004). Los cuerpos no son sólo entidades materiales sino también representacionales y pueden actuar en ambos sentidos como contenedores de la construcción social de género y como vehículo para manifestar esa identidad (PROUT, 1999, 4-5). El debate de la corporización como proceso cultural sale a la luz de manera evidente en momentos cruciales del ciclo vital, al cuerpo se le otorgan valores sim-

bólicos y morales, sus transformaciones son paradigmáticas de transiciones morales y cada uno de estos momentos requiere que revisemos y atendamos a nuestro cuerpo o al de otros de forma apropiada y especial.

Este proceso de corporización del género y la edad puede ser observado a través de la modificación de los huesos, o a través del uso del vestido, el peinado y los objetos ornamentales y los diferentes niveles de construcción, combinación y composición corporal (SORENSEN, 1997, 98; JOYCE, 2005). Estas prácticas generan códigos que pueden ser leídos por el resto del grupo social para transmitir categorías sociales, identidades o cambios en el estatus; la apariencia es una experiencia visual directa (SORENSEN, 1997, 93) y esta habilidad para comunicar sin contacto verbal es muy útil para la arqueología (SÁNCHEZ ROMERO, 2008a).

3.—*La microhistoria como estrategia de análisis histórico*

Una vez definida nuestra forma de aproximación y percepción a los cuerpos humanos en el pasado debemos explicitar cual es la escala de nuestro análisis, una escala que nos permita gestionar la información parcial que tenemos para llegar a conclusiones que puedan ser contrastadas en otros momentos y culturas.

Una de las estrategias de aproximación más válidas puede ser la microhistoria; la percepción de la significación de la pequeña escala, de las experiencias locales o personales y el reconocimiento de que los estudios a pequeña escala pueden ser extendidos y aportar determinadas cuestiones a generalizaciones a través de la iluminación sobre las diversidades y particularidades personales o locales (SERNA y PONS, 2000, 239). Este método puede ser tan ambicioso en su aproximación teórica y metodológica como la historia general. Si consideramos el diferente rango de aproximaciones y de significados del género en varios momentos y en varios escenarios, más que oscurecer la visión total, la microhistoria permite comprender su complejidad y riqueza (RHODES, 2000). La reducción de la escala supone además la propuesta de nuevos temas, poniendo en práctica nuevos métodos centrados en el individuo y proporcionando explicaciones cualitativas (SERNA y PONS, 2000:240).

La microhistoria tiene como meta principal la de buscar una descripción más realista del comportamiento humano. A través de los casos de estudio concretos se intenta hacer la reducción de la escala de observación y al estudio intensivo del material documental, en nuestro caso el registro arqueológico. La metáfora del microscopio es muy útil para explicar el procedimiento, ya que cuando un científico aplica una lente aumenta la visión de lo que era imperceptible y sin embargo central para la vida

orgánica; del mismo modo el microscopio del historiador agranda objetos que tradicionalmente no habrían sido observados permitiendo así una escala más intensa (SERNA y PONS, 2000).

La pregunta sería por tanto cómo se pueden estudiar o describir sistemas de grandes dimensiones sin perder de vista la situación real de la gente, la cotidianidad de las poblaciones, o al contrario cómo describir las acciones y prácticas de una persona sin describir la realidad global que las limita (LEVI, 1981), al insertar cada uno de los objetos en un contexto, la microhistoria soluciona este problema al entender que las situaciones locales no son sólo el reflejo de las más generales, sino que pueden presentar desviaciones que contradigan y a su vez expliquen comportamientos generales. Tres son los rasgos distintivos de la microhistoria, la consciencia explícita de la construcción del objeto, es decir, lo que vemos es el resultado de la elaboración del observador a partir de sus instrumentos congnotivos; el segundo rasgo distintivo es el de la dimensión experimental del trabajo microhistórico ya que obliga al historiador o historiadora a tomar conciencia de las condiciones de observación. El último aspecto es la atención expresa que la microhistoria prestaría a las formas argumentativas, a los modos de enunciación y a las metáforas que emplean cuando escriben. Construcción, observación y argumentación son los tres ingredientes característicos de esta práctica, o mejor dicho, la consciencia de esos tres procesos (REVEL, 1989; SERNA y PONS, 2000, 256). La arqueología está especialmente preparada para acometer estos procesos ya que nos permite trabajar con la cultura material, cuerpo y objetos se usan como metáforas en el proceso de comprensión e interpretación del mundo y así podemos conectar objetos, hechos y acciones. Nuestra disciplina es útil porque se basa en la materialidad de la experiencia humana, enfatiza la repetición de las acciones en el tiempo como forma de reconocer prácticas culturalmente comprensibles y es consciente del vacío existente entre la materialidad de los restos del pasado y las interpretaciones que esos restos ayudan a elaborar (TILLEY, 1999).

4.—*Caso de estudio: cuerpos de mujeres en la Cultura de El Argar. La necrópolis del yacimiento del Cerro de la Encina (Monachil, Granada)*

Nuestro caso de estudio se refiere a los cuerpos de distintas mujeres procedentes del yacimiento arqueológico del Cerro de la Encina (Monachil, Granada) perteneciente a la denominada Cultura del Argar que se desarrolló en el sudeste de la Península Ibérica durante el segundo milenio a.n.e. Como características generales de esta cultura debemos señalar que sus patrones de asentamiento se caracterizaban por un alto nivel de jerarquización, con yacimientos localizados en lugares centrales que controlan territorios, recursos y poblaciones específicas. Los poblados se encuentran situados en laderas y en muchos casos asociados a fortificaciones. Durante el periodo

argárico, el ritual funerario era el de inhumaciones individuales (aunque a veces las encontramos en doble o triples) dentro del área de habitación, normalmente bajo los suelos de las casas. Los ajuares funerarios varían en gran número, variedad y calidad y tales variaciones han sido interpretadas en términos de acceso diferencial a la riqueza en una sociedad fuertemente estratificada (MOLINA, 1983; ARANDA y MOLINA 2006; ARANDA *et al.*, 2008).

Vamos a continuación a describir las circunstancias materiales y espaciales de diez mujeres enterradas en este asentamiento examinando cuestiones como: la forma y orientación de la deposición, el número de personas enterradas, la calidad, cantidad y cualidad de los ajuares, el estado de salud o los marcadores de esfuerzo físico. La muestra que presentamos está compuesta por aquellas sepulturas excavadas en el Cerro de la Encina que contienen mujeres y que poseen las garantías de conservación y la aplicación de una metodología arqueológica que nos permitan el acceso a la información que precisamos. Son nueve sepulturas que contienen diez mujeres.

La sepultura número 6 contiene un enterramiento doble perteneciente a una mujer de unos 30 años, en posición de decúbito lateral derecho con las piernas flexionadas entre cuyos brazos figura un sujeto infantil, de alrededor de cuatro años, en decúbito lateral izquierdo con las piernas también flexionadas. Las cabezas están situadas cara a cara. Una enfermedad infecto-contagiosa resulta la causa de muerte más probable. Su ajuar funerario estaba compuesto de un punzón de cobre y tres vasijas cerámicas (TORRE y SÁEZ, 1975; AL-OUMAOUY y JIMÉNEZ, 2005; ARANDA y MOLINA, 2006) (Fig. 1).

La sepultura 10 contiene tres individuos, una mujer que aparece enterrada junto a un individuo adulto masculino mayor de 20 años y un infantil de unos 3 años. Es un enterramiento mal conservado y muy revuelto por lo que no podemos saber la posición en la que se encontraba y la simultaneidad en el tiempo o no de la deposición de los cuerpos. Tiene un ajuar muy abundante, 12 piezas cerámicas, un punzón de cobre, un cuchillo también de cobre y varios elementos de adorno dos brazaletes de cobre, un brazalete de plata, tres aretes de cobre y uno más de plata. Esa misma mala conservación de los huesos no ha permitido extraer conclusiones acerca del estado de salud o la actividad física realizada por esta mujer (AL-OUMAOUY y JIMÉNEZ, 2005; ARANDA y MOLINA, 2006) (Fig 2).

La sepultura 11 es un enterramiento doble en una tumba violada desde antiguo con la cubierta parcialmente hundida con lo que, como en el caso anterior, los restos humanos se hallaron desarticulados y muy fragmentados. En ella encontramos una mujer de unos 20-25 años con un desarrollo muscular débil, junto a ella fue enterrado un individuo masculino de más de 40 años. En cuanto al ajuar, volvemos a encontrar un punzón metálico

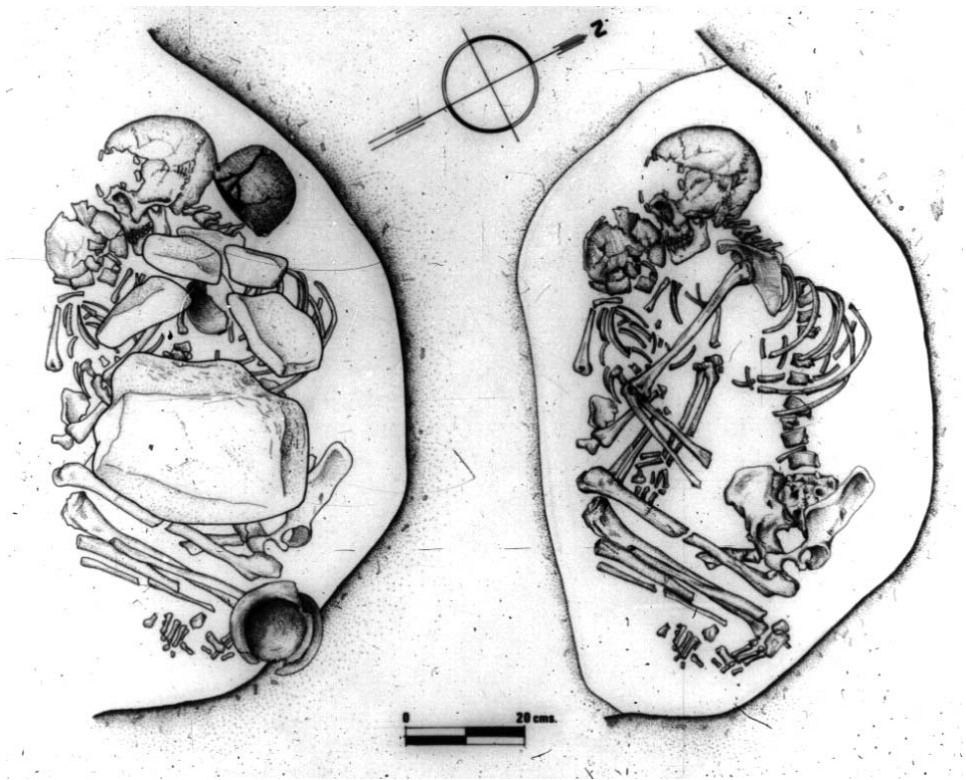


Fig. 1. Sepultura número 6. Cerro de la Encina (Monachil, Granada). Fuente: Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada.

y otro en hueso, una vasija cerámica, un brazalete de plata y una cuenta de collar en piedra (AL-OUMAOUY y JIMÉNEZ, 2005; ARANDA y MOLINA, 2006).

La mujer enterrada en la sepultura 13 tendría entre 50 y 65 años de edad. Es un enterramiento individual, depositado en decúbito lateral derecho con piernas y brazos flexionados y las manos situadas ante el cuello. Su aspecto es grácil, sin huellas de estrés músculo-esquelético, y presenta caries en uno de sus molares y la pérdida ante mortem de los cuatro premolares inferiores. En su ajuar funerario podemos encontrar un cuchillo de cobre muy desgastado, un punzón de cobre, una cuenta de hueso, dos vasijas cerámicas y una ofrenda cárnica (AL-OUMAOUY y JIMÉNEZ, 2005; ARANDA y MOLINA, 2006) (Fig. 3).

La sepultura número 14 contiene un enterramiento doble, la mujer enterrada tendría una edad de unos 40 y 50 años y fue depositada en decúbito lateral derecho. Posee un desarrollo muscular mediano con entesofitos en



Fig. 2. Sepultura número 10. Cerro de la Encina (Monachil, Granada). Fuente: Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada.



Fig. 3. Sepultura número 13. Cerro de la Encina (Monachil, Granada). Fuente: Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada.

las inserciones del pectoral y el bíceps y algunas lesiones que corresponden a procesos degenerativos articulares, como es normal en individuos que han practicado actividades físicas muy intensas; también se han detectado señales de artrosis en las manos de esta mujer. Estaba enterrada junto a un hombre de unos 40 años de edad con unas características físicas muy determinadas, presenta una fractura sin consolidar completamente del tercio medio de los huesos que provocó una considerable deformación externa de la nariz, este tipo de fracturas se producen como consecuencia de impactos directos debidos o bien a una agresión intencional o una caída en decúbito prono sin apoyo de las manos. Además este individuo tenía una fractura consolidada de la 6ª a 8ª costillas derechas. No se puede afirmar que las dos lesiones mencionadas fuesen contemporáneas. Al igual que la anterior pudo deberse a una caída muy fuerte sobre el costado derecho o por una agresión intencional, lo que podemos afirmar con seguridad es que ambas precisaron de cuidados. Por otra parte, la columna vertebral de este individuo masculino muestra varias lesiones degenerativas atribuidas a la artrosis, cuya presencia a una edad relativamente temprana unida al fuerte desarrollo muscular que presenta este individuo refuerza la hipótesis de la práctica de una actividad física muy intensa. Su ajuar es el más escaso de todos los mencionados aquí posee una vasija cerámica y una ofrenda cárnica de ovicáprido (AL-OUMAOUY y JIMÉNEZ, 2005; ARANDA y MOLINA, 2006).

En la sepultura número 16, volvemos a encontrar a dos individuos, uno femenino de entre 50 y 60 años y otro masculino de unos 40 años. La mujer estaba enterrada en decúbito lateral derecho. Se ha documentado un fuerte desgaste de los molares y un desarrollo muscular de mediano a débil y se ha determinado que tuvo hijos. A lo largo de su infancia adolescencia sufrió probablemente algún momento de carencias nutricionales ya que aparece hipoplasia del esmalte en los caninos. No tiene ajuar. (AL-OUMAOUY y JIMÉNEZ, 2005; ARANDA y MOLINA, 2006).

En el interior de la covacha de la sepultura 18 se documentó la inhumación de tres individuos, dos de ellos encontraban completamente desarticulados y arrinconados en el fondo de la misma por lo que no podemos saber cómo fueron depositados sus cuerpos. Son dos individuos femeninos con edades comprendidas entre los 25-35 años la primera y entre 40-44 años la segunda. Ambas mujeres presentan un desarrollo muscular débil y no muestran señales de lesiones ni patologías de ningún tipo. El fragmento del hueso coxal de la mujer de 40-44 años posee unas características que permiten plantear que tuvo varios hijos. En cuanto al ajuar se han documentado cuatro vasijas cerámicas y un hacha de cobre que no pueden ser asociados de forma clara a ninguna de las tres inhumaciones, el individuo masculino tiene un brazalete de plata en su antebrazo. Además aparecen otros cuatro elementos revueltos con los restos óseos desarticulados, con lo

que muy posiblemente pertenecieron a una o a las dos mujeres que ocuparon la sepultura con anterioridad al individuo masculino. Estos elementos de ajuar son un puñal de cobre, un punzón también de cobre, un vasito de cerámica y un húmero de bóvido correspondiente a una ofrenda cárnica. Finalmente se documentó una cuenta de collar o colgante realizada en piedra que pudo corresponder al ajuar de cualquiera de los tres individuos (ARANDA *et al.*, 2008).

La sepultura 20 contiene los restos de cuatro individuos completamente desarticulados, uno adulto masculino con una edad de muerte entre 30-35 años, un individuo infantil de alrededor de 3 años, otro sujeto infantil de unos 9 años y una mujer de edad superior a 20 años. Esta mujer muestra huesos muy robustos de dimensiones medianas o grandes con un intenso desarrollo muscular de los miembros superiores y manos, y débil de los miembros inferiores. La presencia de cribra orbitalia en el cráneo y la documentación de hiperostosis porótica se consideran síntomas de anemias ferropénicas por mala absorción del hierro en el intestino motivada por la presencia de parásitos intestinales o diarreas. Durante el transcurso de su vida perdió hasta siete piezas dentales, entre ellas los molares inferiores derechos lo que la obligaría a masticar por el lado opuesto y ello produciría el fuerte desgaste de otras piezas y la erosión por sobreesfuerzo de la mandíbula. Por otra parte en el fémur derecho se documenta una posible lesión de los ligamentos cruzados de la rodilla y la rótula del mismo lado muestra señales correspondientes al inicio de una artrosis de rodilla. En lo que respecta al ajuar, aparece un brazalete de plata asociado al individuo de 9 años; junto a este, aunque sin conexión con ningún individuo, se documentaron tres anillos/pendientes de plata. El ajuar metálico aparece completado con un punzón de cobre, el ajuar cerámico está formado por cinco vasijas y se ha documentado también una cuenta de collar o colgante de color verdoso realizada en piedra pulida (ARANDA *et al.*, 2008).

Para finalizar, la sepultura 21 presenta unas características excepcionales debido a su monumentalidad, consiste en una gran fosa abierta en la roca que contenía la inhumación de dos individuos situados parcialmente sobre diversas lajas de piedra dispuestas horizontalmente a modo de suelo. Ambas inhumaciones aparecieron perfectamente articuladas, en posición flexionada y parcialmente superpuestas ya que los pies de uno de los individuos aparecen bajo el cuerpo del segundo. El primero de los individuos en ser enterrado es un varón de edad adulta de 22-24 años junto a él aparece una mujer de unos 16-17 años de edad con posición decúbito lateral derecho muy flexionado. Como curiosa característica se ha documentado en la escápula izquierda la presencia de restos de pigmento de color rojo, hecho que se ha relacionado con las coloraciones de las vestimentas. La mujer presenta

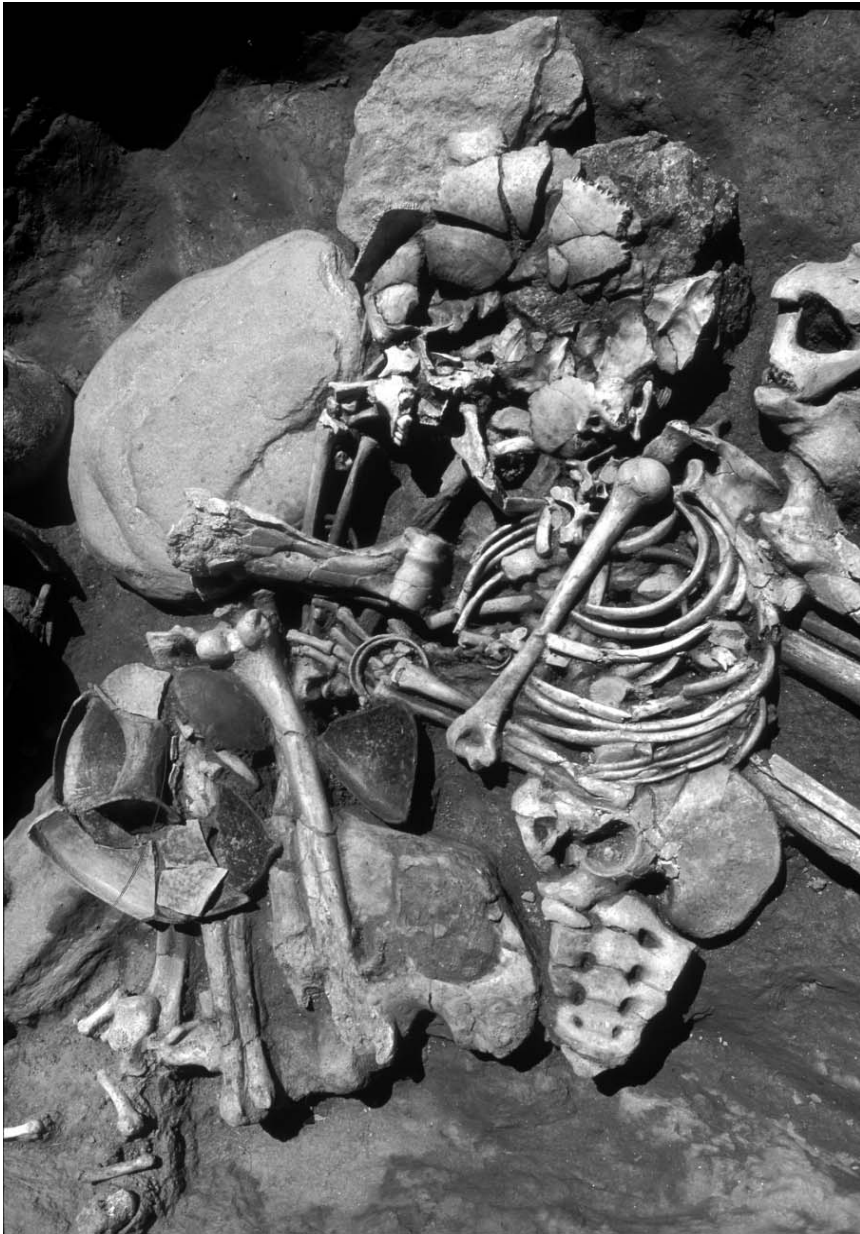


Fig. 4. Individuo femenino de la sepultura número 20. Cerro de la Encina (Monachil, Granada). Fuente: Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada.

huesos de medianas dimensiones y desarrollo muscular muy débil, y no se observan evidencias de lesiones o patologías. El enterramiento conjunto de estos dos individuos sugiere que la causa más probable de muerte fue una enfermedad infecciosa (ARANDA *et al.*, 2008).

Aunque encontramos diversos objetos de ajuar que pueden ser asignados a cualquiera de los dos individuos tales como siete vasijas de muy diverso tipo y tres ofrendas cárnicas, hay algunos objetos que como hemos dicho pueden relacionarse directamente con los individuos al aparecer ligados a sus cuerpos. En el caso de del enterramiento femenino, y asociado al radio-cúbito izquierdo a la altura de la muñeca, se documentaron dos pulseras de cobre una abierta con doble espiral y otra cerrada. En el radio-cúbito del brazo derecho presentaba también dos brazaletes, el primero realizado en plata y otro abierto, de una sola vuelta, realizado en cobre. En el dedo corazón de la mano izquierda presentaba un anillo de doble espiral y realizado en plata. Junto al humero izquierdo y sobre varias costillas aparecieron restos muy fragmentados de dos posibles aretes de cobre de sección circular. Asociado a la mano derecha de este individuo femenino apareció igualmente un punzón de cobre y bajo la base del cráneo y junto a las vértebras cervicales se documentó un posible coletero consistente en una lámina de plata de sección circular dispuesta en espiral hasta completar 10 vueltas. En la misma zona relacionada con las cervicales aparecieron varias cuentas de collar, dos de ellas realizadas a partir de un fino hilo de cobre. El resto de cuentas de collar, en concreto 4, fueron realizadas en piedra pulida de color verdoso (ARANDA *et al.*, 2008) (Fig. 4).

5.—*Cuerpos de mujeres: la construcción de la identidad y su manifestación durante la Edad del Bronce*

Como hemos comentado en la primera parte del trabajo, bajo la influencia de las aproximaciones fenomenológicas en la arqueología contemporánea de la corporización, la descripción de los cuerpos inertes está siendo substituida por el análisis de la producción y la experiencia de cuerpos vividos en los cuales superficie e interior no están separados (JOYCE, 2005, 152). Lo que pretendemos hacer en esta última parte es analizar como los cuerpos descritos en el apartado anterior nos están hablando de mujeres distintas con experiencias distintas que se ven reflejadas en sus cuerpos. Experiencias que en muchos casos son compartidas y que crean una identidad femenina determinada con las matizaciones propias de la vida cotidiana de estas poblaciones. Como hemos señalado anteriormente, a través de la cultura material tenemos acceso al tiempo, al espacio, a los cuerpos y a los objetos, esos cuatro conceptos básicos en arqueología que nos ofrecen la posibilidad, en

este caso particular, de hablar de la creación, uso y manifestación de las distintas identidades.

El primer elemento que vamos a analizar es, por tanto, el uso del espacio. Estas diez mujeres comparten en primer lugar el hecho de ser enterradas, hemos de señalar que como en la mayoría de las sociedades prehistóricas, en las poblaciones argáricas no todo el mundo es enterrado, así que estas mujeres comparten una característica común que va más allá del hecho de pertenecer o no a un determinado grupo social o tener una edad específica. Una segunda característica importante se refiere a la posición del cuerpo, es un hecho comprobado que las mujeres que conservan la posición anatómica en las sepulturas 6, 13, 14, 16 y 21 están flexionadas sobre su lado derecho, y es muy posible que la de la sepultura 20 también lo esté, los cuerpos de las mujeres de las restantes tumbas (10, 11 y 18) aparecen desarticulados por eventos posteriores a su deposición, por lo que no podemos conocer su posición; éste parece ser un patrón muy repetido en las necrópolis argáricas, por ejemplo en la necrópolis de Fuente Álamo el 95% de las sepulturas femeninas fueron colocadas en decúbito lateral derecho (SCHUBART, 2004).

Si consideramos el concepto de tiempo, veremos cómo sólo en dos casos hemos podido constatar con toda seguridad que las deposiciones de todos los cuerpos de una misma sepultura se hicieron a la vez, es el caso de las sepulturas 6 y 21, el resto de las sepulturas fueron reabiertas en un momento u otro de la ocupación del Cerro de la Encina para introducir a otras mujeres, hombres e individuos infantiles, y eso nos permite hablar del concepto de tiempo no sólo ya a pequeña escala, ya que el uso de un espacio tan cotidiano como es el doméstico nos está vinculando las deposiciones a la convivencia diaria, sino un tiempo a mayor escala en el que se constata la importancia de la memoria colectiva sobre esas mujeres, hombres o infantiles enterrados en primer lugar. La reapertura y en la mayoría de ocasiones la reagrupación y amontonamiento de los huesos de los individuos enterrados en primer lugar para acomodar a los nuevos y nuevas ocupantes, podría sugerir que la disposición del cuerpo y su permanencia en ese estado no es un elemento crucial que preocupe a estas poblaciones sino que lo importante es el hecho de que están depositados y de que se compartan determinados espacios (SØRENSEN y REBAY-SALISBURY, 2008).

Por tanto hemos de considerar también cómo las personas enterradas comparten sus espacios, de las diez mujeres analizadas sólo una, la ocupante de la sepultura número 13, está enterrada sola. Las demás mujeres comparten el espacio con otros ocupantes, en cuatro casos (sepulturas 11, 14, 16 y 21) con un hombre adulto, en otro caso más (sepultura 6) con un individuo infantil, dos de las mujeres (sepultura 18) aparecen enterradas juntas con otro adulto masculino y, finalmente, otras dos (sepulturas 10

y 20) con un adulto masculino y uno y dos infantiles respectivamente. El tamaño de la muestra y la variedad de tipos de enterramiento no permiten llegar a ningún tipo de conclusión respecto a este hecho, como tampoco lo podemos hacer si lo extendemos al conjunto de la cultura argárica en la que la variedad es igualmente amplia aunque predominan las sepulturas dobles y triples (ARANDA y MOLINA, 2006).

Como ya se ha mencionado, los objetos colocados en o junto al cuerpo son cruciales para comprender la identidad social porque mantienen firme el vínculo con la persona que pudo fabricarlos y/o usarlos en el pasado (SÁNCHEZ ROMERO, 2008a). Para las sociedades argáricas hay un elemento distintivo que aparece en tumbas ocupadas por mujeres y que ya ha sido analizado en profundidad. Los punzones son el único objeto relacionado con las actividades cotidianas que se encuentran en tumbas ocupadas por mujeres, esta asociación se ha documentado desde el comienzo de la investigación sobre esta cultura y su asociación perdura durante todo el periodo argárico y es independiente de otras categorías sociales (SIRET y SIRET, 1890; LULL *et al.*, 2004; MONTÓN, 2007; ARANDA *et al.*, 2009). En nuestro caso de las nueve tumbas ocupadas por mujeres encontramos punzones en siete de ellas (6, 10, 11, 13, 18, 20, 21), no aparecen en las sepulturas 14, que tiene una ofrenda cárnica y una vasija como únicos elementos de ajuar, ni en la sepultura 16, que no tiene ajuar.

Parte de estos ajuares forman también los elementos de adorno, el uso de estos ornamentos tanto en la vida cotidiana como en las sepultura puede darnos información útil acerca de cómo se entiende en cuerpo por parte de estas sociedades; al igual que los elementos relacionados con la vestimenta, proporcionan un importante medio para articular las diferentes cualidades de la identidad. En contraste con los artefactos depositados alrededor del cuerpo en contacto con los límites de la tumba, la posición de los objetos parece enfatizar la naturaleza personal y la importancia de la identidad de género y edad individual. El vínculo entre el cuerpo y los objetos se hace cada vez más fuerte ya que cada uno se convierte en parte del otro (SOFAER, 2000) y es la íntima relación de los elementos de adorno con el cuerpo de la persona lo que verdaderamente da significado a estos objetos.

Aunque es bastante difícil conocer el sexo de los individuos infantiles, a través de los restos osteológicos (para conocer alguna propuesta ver SCHUTKOWSKI, 1993), podemos intentar aproximarnos a los ciclos de vida con relación al género en individuos infantiles a través de los serie de cambios graduales en los ajuares funerarios. La identidad de los infantiles se define a través del uso de objetos ornamentales que aparecen en los ajuares de las tumbas ya que sus identidades cambian a la vez que los individuos infantiles progresan en sus vidas. El estatus diferencial entre estos niños se marca a través del uso de ciertos metales como la plata y especialmente el

oro en los objetos ornamentales. Las diferencias de género no parecen ser especialmente significativas en los primeros años de vida y la profusión de elementos ornamentales sugiere una clasificación más ligada a la edad que al género, una tendencia que empieza probablemente a cambiar como los ciclos reproductivos de mujeres y hombres cambien y el tipo de trabajo que cada individuo desarrolle. El hecho más significativo es la progresiva introducción de útiles metálicos a medida que la edad se incrementa por la adquisición de dagas, cuchillos y punzones por los infantiles de edad más avanzada (SANCHEZ ROMERO, 2008a).

No todas las mujeres enterradas, y conocidas hasta ahora, en el Cerro de la Encina tienen elementos de adorno entre sus ajuares, y las que los tienen varían en tipología, materias primas, número y seguridad en su asociación. De las diez mujeres analizadas sólo en dos casos podemos vincular objetos de adorno a sus cuerpos, el primero de ellos es el adorno en piedra que aparece en la sepultura individual número 13, éste es el tipo de ornamento que más aparece en las sepulturas (10, 11, 13, 18 y 20) aunque en estos casos no pueda ser asociado a ningún cuerpo en concreto. La segunda de las vinculaciones aseguradas entre cuerpo y elementos de adorno la tenemos en la sepultura 21, en la que la mujer aparece enterrada con una gran profusión de elementos de adorno, brazaletes, pulseras, anillos, aretes, cuentas de collar y un coletero, en materiales diversos como la piedra, el cobre o la plata que si comparamos con el resto de ajuares conocidos revela unas evidentes diferencias en la posición social de esta mujer con respecto a sus contemporáneas. En este caso los elementos de adorno deben ser entendidos como marcadores bien definidos y previamente negociados de un estatus social dado y por tanto son medios de comunicación de identidades sociales establecidas (JOYCE, 2005, 142). Por otra parte, las condiciones ambientales no permiten la conservación de tejidos en esta área del sur de la Península Ibérica excepto en casos muy excepcionales (MOLINA *et al.*, 2003). Sin embargo, sí que se conservan algunas trazas como la aparición de pigmentos rojizos procedentes de la vestimenta en la escápula de la mujer situada en la sepultura 21.

Si consideramos el resto de los elementos que forman parte del ajuar observaremos cómo, excepto en la sepultura que no posee ningún elemento de ajuar, todas las demás contienen vasijas cerámicas en mayor o menor número y más allá de los mencionados punzones, encontramos dos tipos de útiles metálicos, específicamente en cobre, cuchillos/dagas y un hacha en la sepultura 18 que por las características de la deposición y organización de la sepultura está probablemente asociada al individuo masculino (ARANDA *et al.*, 2008). Por lo que se refiere a los cuchillos/dagas uno de ellos aparece en la sepultura individual número 13, con un filo muy gastado por el uso y el otro en la sepultura 10. Acerca de la nomenclatura y utilidad de estos

útiles afilados que se han denominado tradicionalmente cuchillos cuando aparecen en tumbas femeninas y dagas cuando aparecen en las masculinas existe una interesante literatura (SANAHUJA, 2006; 2007).

Por otra parte, la aparición de cerámicas en los ajuares funerarios puede vincularse a ofrendas alimenticias que se depositan en el momento del enterramiento, de la misma forma han sido interpretadas las ofrendas cárnicas que aparecen en buena parte de las sepulturas del Cerro de la Encina. Estas evidencias arqueológicas han sido puesta en relación a la realización de prácticas de comensalidad como parte del ritual funerario (ARANDA y ESQUIVEL, 2006, 2007; Aranda, 2008) y el análisis pormenorizado de la muestra disponible indica que no existen diferencias estadísticas entre hombres y mujeres en lo que se refiere al uso de ajuar cárnicos en las sepulturas; otra vez, las diferencias que se establecen están más ligadas al estatus social y a la edad de los inhumados que a la identidad de género, ya que mientras que los ajuares más ricos poseen ofrendas cárnicas de bóvidos mientras que las ofrendas de ovicápridos aparecen en ajuares menos abundantes o de individuos juveniles e infantiles (SÁNCHEZ ROMERO *et al.*, 2007; SÁNCHEZ ROMERO, 2008b).

Como hemos visto, entre estas mujeres existen similitudes (hecho de ser enterradas, posición del cuerpo) y diferencias (número de ocupantes de las sepulturas, momento de la inhumación, ajuares), continuando con el uso del espacio observamos que estas mujeres no se entierran en la misma zona del asentamiento, sino en áreas con unas características organizativas y sociales diferenciadas, en el sector occidental donde se han documentado las sepulturas 11, 13, 18, 20 y 21 poseen ajuares de gran riqueza cuyas diferencias parecen estar mucho más relacionadas con desigualdades de género y edad que con diferencias acusadas de clase. La uniformidad en el hecho de que todos los ajuares son de una riqueza considerable implicaría que esta área del poblado se correspondería con una de las zonas de residencia de las elites sociales. Por su parte, el registro funerario del sector oriental de la zona excavada, donde están enterradas las mujeres de las sepulturas 14 y 16, es radicalmente diferente. En este caso, aunque cuantitativamente no son muchas las sepulturas excavadas, la tendencia es clara hacia un área de hábitat de un nivel social bajo o muy bajo (ARANDA y MOLINA, 2006).

Las diferencias sociales entre estas dos zonas del asentamiento que muestran los ajuares están además acentuadas por la disparidad que presentan en cuanto a su estado físico y de salud. Los análisis paleoantropológicos realizados a mujeres y hombres en este asentamiento dan una información precisa en lo que se refiere a las distintas actividades que pudieron realizar. Los restos indican unas condiciones físicas coincidentes para ambos sexos causadas probablemente por la situación de los poblados en terrenos

escarpados; y otras muy diferentes en lo que se refiere a la práctica de una economía mixta en la que probablemente las mujeres realizan una actividad física intensa con los miembros superiores, pero no con los inferiores (AL-OUMADI y JIMENEZ, 2005); trabajos como el transporte, la molienda o la preparación de alimento coincidirían con esos patrones de lesiones, en los que el mayor esfuerzo físico se realiza con la parte superior del cuerpo (SANCHEZ ROMERO, 2008c). Pero además de esas diferencias con los individuos masculinos, las mujeres también presentan condiciones físicas dispares entre sí.

La buena conservación de los restos de las mujeres de las sepulturas 6, 14, 16 y la de mayor edad de la 18, permiten asegurar que estas mujeres tuvieron hijos. Las mujeres de las sepulturas 14 y 16 poseen, por un lado, un mayor desarrollo muscular que las enterradas en la zona occidental y se documentan más lesiones relacionadas con artrosis, pérdidas de piezas dentales y caries e indicios de haber sufrido anemias. Por el contrario, las mujeres enterradas en la zona occidental (sep. 11, 13, 18 y 21) muestran escasa o nula incidencia de enfermedades degenerativas y un desarrollo muscular débil; una excepción clara es la sepultura número 20 tanto la mujer como el individuo masculino muestran señales de sobreesfuerzo físico, e incluso los infantiles que están enterrados con ellos tienen muestras de malas condiciones en la alimentación, por un lado el infantil más pequeño, de unos tres años, pequeña banda de hipoplasia del esmalte en los dientes permanentes, lo que sugeriría que se encontraba atravesando un periodo de estrés medioambiental del que no pudo recuperarse; el segundo de los individuos infantiles, de unos nueve años presenta bandas de hipoplasia que suponen al menos tres episodios de estrés alimenticio entre los 3 y los 6 años de edad. Esta tumba es sumamente interesante porque a pesar del estado físico de sus ocupantes posee un ajuar considerable con vasijas y elementos de plata, lo que puede matizar su adscripción social.

Como vemos, el análisis pormenorizado de las diferencias y similitudes entre los miembros de un grupo social a pequeña escala, puede llevarnos a plantear nuevas estrategias de investigación que nos acerquen algo más a la realidad de las poblaciones prehistórica. Lo que pretendemos al poner de manifiesto las similitudes y diferencias de estas mujeres es intentar aproximarnos al proceso de formación de la identidad social y personal de las poblaciones del pasado. Lynn Meskell ha señalado cómo la arqueología ha tendido a ignorar las relaciones entre el individuo y la sociedad para tratar a los individuos simplemente como versiones “micro” de entidades sociales más amplias. La ciencia occidental actúa de lo general a lo particular, obteniendo individuos a partir de las estructuras sociales a las que pertenecen: clase, nacionalidad, estatus, género, edad. Esta visión desde lo

alto no facilita una arqueología de la individualidad o de la diferencia, ni permite un análisis del proceso de construcción del individuo, de manera que se crean ficciones que hay que revisar (MESKELL, 2000, 20).

Las mujeres que hemos analizado comparten una misma cultura, la argárica, y una misma forma de comprender el mundo dentro de una misma organización social, pero también están definidas por las prácticas, los objetos y los lugares que las diferencian, de manera que construyen sus cuerpos de distinta forma atendiendo a razones de edad, estatus social, actividad, etc. Sus formas de construir su identidad implican también construir la identidad de las “otras” mujeres a través de las prácticas cotidianas de *habitus* y *hexis* (BOURDIEU, 1977) y por las formas de percibir y ser percibidas (MERLEAU-PONTY, 1975). Las diferencias en sus cuerpos, los objetos que las rodean y los lugares en los que aparecen sugieren que las metáforas creadas y los significados y para manifestar su identidad son fluidos e intercambiables entre las esferas de la vida y la muerte. Este análisis que hemos realizado acerca de la percepción y de la práctica enraizadas en el cuerpo pretende acabar con la distinción entre sujeto y objeto, con las reducciones esencialistas en la definición de la identidad (en este caso femenina) para permitirnos investigar como los objetos culturales (incluidos nosotros mismos) se constituyen, no sólo a través de los procesos de socialización sino también a través de la fluidez de la vida social adulta.

6.—Bibliografía

- AL-OUAOU, Ihab y JIMÉNEZ, Sylvia: *Restos humanos de la edad del bronce del Cerro de la Encina (Monachil, Granada)*. Informe inédito, Universidad de Granada, 2005.
- ARANDA, Gonzalo: “Cohesión y distancia social. El consumo comensal de bóvidos en el ritual funerario de las sociedades argáricas”. En ARANDA, Gonzalo (ed.): *Poder y prestigio en las sociedades prehistóricas peninsulares: el contexto social del consumo de alimentos y bebidas. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 13 (2005), 107-123.
- ARANDA, Gonzalo y ESQUIVEL, José Antonio: “Ritual funerario y comensalidad en las sociedades de la Edad del Bronce del Sureste peninsular: la cultura de El Argar”. *Trabajos de Prehistoria*, 63 (2006), 117-133.
- ARANDA, Gonzalo y ESQUIVEL, José Antonio: “Poder y prestigio en las sociedades de la cultura de El Argar. El consumo comunal de bóvidos y ovicápridos en los rituales de enterramiento”. *Trabajos de Prehistoria*, 64 (2007), 95-118.
- ARANDA, Gonzalo y MOLINA, Fernando: “Wealth and power in the Bronze Age of the south-east of the Iberian Peninsula. The funerary record of Cerro de la Encina”. *Oxford Journal of Archaeology*, 25 (2006), 47-59.
- ARANDA, Gonzalo; MOLINA, Fernando; FERNÁNDEZ, Sergio; SÁNCHEZ ROMERO, Margarita; AL-OUAOU, Ihab; JIMÉNEZ, Sylvia y ROCA, M. G.: “El poblado y necrópolis argáricos del Cerro de la Encina (Monachil, Granada). Las campañas de

- excavación de 2003-05”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada* 18 (2008), 219-264.
- ARANDA, Gonzalo; MONTÓN, Sandra; SÁNCHEZ ROMERO, Margarita y ALARCÓN, Eva: “Death and everyday life: the Argaric societies from South-East Spain”, *Journal of Social Archaeology*, 9, 2 (2009), 139-162.
- BELGIORNO, Maria Rosaria: *Aromata Cipria. Olive oil in perfumes and medicaments in Cyprus in 2000 B.C.* Perugia, Eranuova, 2006.
- BLOM, Deborah E.: “Embodying borders: human body modification and diversity in Tiwanaku society”, *Journal of Anthropological Archaeology*, 24 (2005), 1-24.
- BOURDIEU, Pierre: *Outline of a theory of practice.* Cambridge, Cambridge University Press, 1977.
- BRUMFIEL, Elisabeth M.: “Distinguished Lecture in Archeology: Breaking and Entering the Ecosystem Gender, Class, and Faction Steal the Show”. *American Anthropologist*, 94 (1992), 551-567.
- BRUMFIEL, Elisabeth M.: “Methods in feminist and gender archaeology: A feeling for difference and likeness”, En NELSON, Sarah Milledge (ed.): *Handbook of gender archaeology.* Lanham, Altamira Press, 2006, pp. 31-58.
- BUCHHOLZ, Larissa: “Bringing the body back into theory and methodology”. *Theory and Society*, 35 (2006), 481-490.
- CITRO, Silvia: “Cuerpos festivo rituales: Aportes para una discusión teórica y metodológica”. *V Congreso de Antropología Social*, 2007.
<http://www.naya.org.ar/congresos/contenido/laplata/LP4/29.htm>
- CSORDAS, Thomas J.: “Embodiment as a paradigm for anthropology”. *Ethos*, 18 (1990), 5-47.
- CSORDAS, Thomas J.: “Introduction: the body as representation and being-in-the-world”. En CSORDAS, Thomas J. (ed.): *Embodiment and experience: The existential ground of culture and self.* Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 1-24.
- ESTEBAN, Mari Luz: *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio.* Barcelona, Bellaterra, 2004.
- GEURT, Kathryn: *Culture and the Senses: Bodily Ways of Knowing in an African Community.* Berkeley, University of California Press, 2002.
- GILCHRIST, Roberta: *Gender and archaeology: contesting the past.* Londres, Routledge, 1999.
- GONZÁLEZ RUIBAL, Alfredo: “Experiencia, Narración, Personas: elementos para una arqueología comprensible”, *Complutum*, 17 (2006), 235-246.
- GOSDEN, Chris y MARSHALL, Ivonne: “The Cultural Biography of Objects”. *World Archaeology*, 31 (1999), 169-178.
- HERNANDO, Almudena: *Arqueología de la Identidad.* Madrid, Akal, 2001.
- HOWARTH, Jane: “Phenomenology, epistemic issues”. En CRAIG, Edward (ed.): *Routledge Encyclopedia of Philosophy.* Londres, Routledge, 1998.
- JOYCE, Rosemary: “Archaeology of the body”. *American Anthropologist*, 34 (2005), 139-158.
- LEVI, Giovanni: “Un problema di scala”. En BOLOGNA, S. (ed.): *Dieci interventi sulla storia sociale.* Turin, Rosenberg y Sellier, 1981, pp. 75-81.
- LULL, Vicente; MICO, Rafael; RISCH, Roberto y RIHUETE, Cristina: “Las relaciones de propiedad en la sociedad argárica. Una aproximación a través del análisis de las tumbas de individuos infantiles”. *Mainake*, XXVI (2004), 233-272.
- MERLEAU-PONTY, Maurice: *Fenomenología de la percepción.* Barcelona, Península, 1975

- MESKELL, Lynn: "Writing the Body in Archaeology". En RAUTMAN, Alison E. (ed.): *Reading the body. Representation and remains in the archaeological record*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2000, pp. 13-21
- MOLINA, Fernando: "La Prehistoria". En: *Historia de Granada. De las primeras culturas al islam*, Granada, Quijote, 1983, pp. 11-131.
- MOLINA, Fernando; RODRÍGUEZ-ARIZA, M.^a Oliva; JIMÉNEZ, Silvia y BOTELLA, Miguel: "La sepultura 121 del yacimiento argárico de El Castellón Alto (Galera, Granada)". *Trabajos de Prehistoria*, 60, 1 (2003), 153-158.
- MONTÓN, Sandra: "Interpreting archaeological continuities: an approach to transversal equality in the Argaric Bronze Age of south-east Iberia". *World Archaeology*, 39 (2007), 246-262.
- PROUT, Alan: "Childhood bodies: construction, agency and hybridity". En PROUT, Alan (ed.): *Body, childhood and society*. Londres, Palgrave Publisher, 1999, pp. 1-18.
- REVEL, Jacques: "L'histoire au ras du sol". En LEVI, Giovanni (ed): *Le pouvoir au village*. Paris, Gallimard, 1989, pp. I-XXXIII.
- RHODES, Maxine: "Uncovering the history of childhood". En MILLS, Jean (ed.): *Childhood Studies: A Reader in Perspectives of Childhood*. Londres, Routledge, 2000, pp. 163-180.
- SANAHUJA, M.^a Encarna: "Mujeres, hombres y ajuares funerarios". En: *Las mujeres en la Prehistoria. Exposición Itinerante*. Valencia, Diputación de Valencia, 2006, pp. 79-89.
- SANAHUJA, M.^a Encarna: "¿Armas o herramientas? El ejemplo del mundo argárico". En SÁNCHEZ ROMERO, Margarita (ed): *Arqueología y género: vida cotidiana, relaciones e identidad*. Complutum, 18 (2007), 195-200.
- SÁNCHEZ ROMERO, Margarita: "Childhood and the construction of gender identities through material cultura". *International Journal of Childhood in the Past*, 1 (2008a), 17-37.
- SÁNCHEZ ROMERO, Margarita: "El consumo de alimento como estrategia social: construcción de la memoria y creación de identidades". En ARANDA, Gonzalo (ed.): *Poder y prestigio en las sociedades prehistóricas peninsulares: el contexto social del consumo de alimentos y bebidas. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 18 (2008b), 17-39.
- SÁNCHEZ ROMERO, Margarita: "Actividades de mantenimiento, espacios domésticos y relaciones de género en las sociedades de la prehistoria reciente". En PRADOS, Lourdes y RUIZ, Clara (eds.): *Arqueología del Género. I Jornadas Internacionales de Arqueología del Género*. Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2008, pp. 93-103.
- SÁNCHEZ ROMERO, Margarita; ARANDA, Gonzalo y ALARCÓN, Eva: "Gender and age identities in rituals of comensality. The argaric societies". En GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma, MONTÓN, Sandra y PICAZO, Marina (eds.): *Interpretar las prácticas domésticas. Reflexiones sobre el papel social y cultural de las actividades de mantenimiento desde la arqueología y la historia. Treballs d'Arqueologia*, 13 (2007), 69-89.
- SCHILDKROUT, Enid. "Inscribing the body". *Annual Review of Anthropology*, 33 (2004), 319-344.
- SCHUTKOWSKI, Holger: "Sex Determination of infant and Juvenile Skeletons: I. Morphogonic Features". *American Journal of Physical Anthropology*, 90 (1993), 99-205.
- SCHUBART, Hermanfrid: "Das reiche Grab einer jungen Frau aus dem el argarzeitlichen Fuente Álamo". *Madridider Mitteilungen*, 45 (2004), 97-107.

- SERNA, Justo y PONS, Anaclet: *Como se escribe la microhistoria*. Valencia, Cátedra, 2000.
- SIRET, Enrique y SIRET, Luis: *Las primeras edades del metal en el sudeste de España*. Barcelona, 1980.
- SOFAER DEVERENSKI, Jo: "Rings of life: the role of early metalwork in mediating the gendered life course". *World Archaeology*, 31 (2000), 389-406.
- SØRENSEN, Marie Louise Stig: "Reading dress: the construction of social categories and identities in Bronze Age Europe". *Journal of European Archaeology*, 5 (1997), 93-114.
- SØRENSEN, Marie Louise Stig y REBAY-SALISBURY, Katharina: "Landscapes of the Body: Burials of the Middle Bronze Age in Hungary". *European Journal of Archaeology*, 11 (2008), 49-74.
- STODDART, S.: "Introduction. The landscape of the body". *Archaeological Review from Cambridge*, 21, 2 (2006), 5-12.
- TILLEY, Christopher Y.: *Metaphor and material culture*. Oxford, Blackwell Publishers, 1999.
- TILLEY, Christopher Y.: *The Materiality of Stone: Explorations in Landscape Phenomenology*. Oxford, Berg, 2004.
- TORRE, Francisco de la y SÁEZ, Leovigildo: "Una sepultura argárica inédita de Monachil (Granada)". *Congreso Nacional de Arqueología*, XIII (1975), 405-410.